

CECILIA

LAS MUJERES QUE AMAMOS

© 2026 OCTÁVIO VIANA | SILENT PEN®
CECILIA – LAS MUJERES QUE AMAMOS

Publicado en EE. UU. y la UE
Primera impresión 2022 (1.ª edición)
Referencia interna SP2022.02 | 08.06.2022 | 14:53
silentpenltd@gmail.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, distribuirse ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, incluidas la fotocopia, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley.



*Para todas las mujeres que fueron una mujer
en la vida de alguien,*

*no porque se sumen, como nombres en una lista que la vanidad
de los hombres después cuenta mal, sino porque cada una, ha-
biendo durado mucho o poco, habiéndose quedado cerca o ha-
biendo partido adonde ya no llega nuestra explicación, añadió al
hombre que la amó una forma de ver, de perder, de desear, de es-
perar...*

*Somos también eso, los libros que leemos,
los viajes que hicimos,
las mujeres que amamos y
quizá solo pueda llamarse amor a aquello que, después de pa-
sar,
no se deja reducir a un número
o a una lista.*

Prólogo

Somos todos los libros que leemos, todas las mujeres que amamos, todos los personajes que inventamos para sobrevivir a las mujeres que no conseguimos olvidar y somos, también —esta es la parte que rara vez admitimos porque la vanidad masculina tiene el estómago delicado y no digiere ciertas verdades sin queja—, las heridas que esas mujeres nos dejaron al partir, heridas que el tiempo no cicatriza sino que transforma, como la lluvia transforma el mármol: el agua pasa, la marca queda y, en esa marca, existe una forma que no pertenecía al mármol ni a la lluvia sino al largo encuentro entre los dos.

La frase podía terminar antes. Terminó, de hecho, en otro libro, en otro comienzo y ante otra mujer. Pero hay mujeres que obligan a una frase a continuar, que no caben en el aforismo ni en la dedicatoria ni en el epitafio que nos gustaría concederles, que llegan siempre acompañadas de su propia contradicción, de la sombra que las duplica, de la pregunta que no calla por más que intentemos sepultar las preguntas debajo de otras historias. Cecilia es una de esas mujeres. O lo fue. O quizá siga siéndolo, que es siempre la forma más peligrosa y la más honesta de que una mujer permanezca en la vida de un hombre: no estando ya, pero negándose, con una presencia que solo ella poseía, a desaparecer del todo.

Escribir sobre ella es aceptar desde el principio una dificultad que tiene algo de cómico, si la comedia no tuviera aquí, como lo tiene, un fondo de ruina que ninguna puntuación, por buena que sea, consigue ocultar. Ya he escrito sobre Cecilia muchas veces. No con este nombre. No siempre con este rostro. No siempre en esta ciudad exacta, porque la exactitud en literatura es muchas veces solo indiscreción con buena letra y mala puntuación y yo siempre procuré no ser completamente indiscreto cuando podía ser completamente verdadero. Le di otros nombres con la misma música, otros apartamentos con la misma luz oblicua de la tarde milanesa, otras circunstancias con el mismo olor a determinación que había en ella cuando entraba en una sala, pequeñas máscaras de prudencia narrativa, suficientes para que nadie pudiera decir con seguridad: es ella. Y, sin embargo, era casi siempre ella. Era ella incluso cuando yo firmaba la contraportada convencido de que no lo era.

Era ella cuando aparecía en un thriller financiero, luminosa e imposible, atravesando una sala con la naturalidad arrogante de quien llegó al

mundo con todas las pruebas ya superadas y no siente necesidad de exhibirlas; y era ella cuando el personaje sabía más que todos los hombres a su alrededor y fingía saber menos para dejarlos llegar primero a una conclusión que ella había alcanzado hacía tanto tiempo que ya casi la había olvidado; y era ella cuando la mujer conducía demasiado deprisa por las carreteras que bajan hacia el lago como si la velocidad fuera una opinión que el coche expresaba por ella; y cuando entraba en una reunión y la gravedad del espacio cambiaba de lugar como si un planeta hubiera entrado en órbita; y cuando miraba a un hombre con aquellos ojos verdes de quien ha leído el informe completo de su alma y ha encontrado allí más notas al pie que tesis, era ella, era siempre ella, era ella incluso cuando yo juraba que no lo era y tal vez especialmente en esos momentos.

Quizá este libro empiece ahí, en el intento tardío, probablemente injusto, absolutamente necesario, de separar a Cecilia de las Cecílias o de las Mariangelas que inventé. La mujer del personaje. La memoria del deseo. La vida de la literatura. O, más probablemente, y esta honestidad cuesta más de lo que parece, en el intento de comprender cuál de ellas fue más verdadera: la que existió delante de mí, con una inteligencia casi física, de esas que se sienten antes de ser demostradas y persisten después de que la demostración haya terminado. La que quedó en la memoria, ya contaminada por la distancia y por el orgullo herido y por la ternura, que nunca desapareció completamente, y eso también hay que decirlo, y por ese vicio masculino, poco recomendable y muy practicado, de transformar pérdida en estilo, como si la elegancia de una frase pudiera sustituir lo que quedó por decir. La que a mí me habría gustado que ella hubiera sido para mí. La que me habría gustado que hubiera sido conmigo. La que no me habría gustado, y esta pequeñez todavía me avergüenza, que hubiera sido con él.

Con Matteo.

Llamémoslo Matteo, o hijo de puta, que es casi lo mismo, porque no se llamaba así y porque la literatura, en sus horas de mayor conciencia, todavía encuentra dentro de sí la decencia mínima de no devolver a los muertos el nombre ni las cualidades canallas que tuvieron en vida. Matteo fue, durante años, mi personaje más maltratado. Le ponía máscaras horribles, le daba intenciones que manchaban todo lo que tocaban, lo asociaba con los peores negocios y las peores traiciones y las conspiraciones más viscosas que encontraba a mano. Si necesitaba un hombre débil, él servía. Si necesitaba un hombre peligroso, servía igualmente, esa es la crueldad conveniente de la ficción, no estar obligada a elegir entre las contradicciones del modelo. Hice lo que los cobardes talentosos hacen desde que existe la

escritura: despegué, torcí, escondí y exageré. Transformé a un hombre real en una función narrativa. Él no era Matteo. Matteo era mi venganza y yo lo sabía y lo hice de todos modos y después él murió.

El cáncer tiene esa brutalidad indecente de volver pequeño casi todo lo que creíamos grande. Los celos, por ejemplo. La rivalidad. La necesidad de tener razón sobre alguien que ya no puede contradecirnos. La muerte entra en una sala y ordena a los personajes con una autoridad que ningún escritor posee y después de ella ciertas maldades literarias suenan distinto, no dejan necesariamente de ser verdaderas, porque la muerte no santifica a nadie, eso sería un sentimentalismo barato y bobalicón que me niego a comprar, pero se vuelven más difíciles de usar. O al menos deberían; otra cosa es que lo hagan.

Cecilia se casó con él. Después de mí, vino él. Es decir, él ya existía antes de mí, pero se convirtió en lo que vino después de mí; después de lo que fuimos, vino otra vida entera... y esta frase, que me gustaría escribir con una serenidad casi romana, con la ecuanimidad que los estoicos cultivaron y que los escritores fingen cuando la situación lo exige, tiene dentro de sí, quiera yo o no, algo de adolescente y ridículo que no consigo extirpar por más páginas que ponga entre ella y mí. Yo, que tantas veces transformé bancos y gobiernos y familias enteras en piezas de ajedrez o en un rompecabezas narrativo, nunca conseguí ser enteramente elegante ante la evidencia simple, e incluso banal —que es lo que más incomoda—, de que una mujer amada puede elegir a otro hombre y sobrevivir perfectamente a esa elección.

Peor, puede ser feliz.

O parecer feliz, que para el celoso literario es casi la misma ofensa. Pues bien, ella nunca fue feliz con él, lo adelanto ya en este punto del texto.

Fue, sí, miserablemente infeliz.

Cecilia tenía la rara cualidad de pertenecer a cualquier lugar sin dejarse reducir por ninguno. Se repartía entre Milán y Vicenza como quien siempre supo que pertenecía a dos lugares al mismo tiempo, o incluso a tres, o cuatro, casi como ocurría con los hombres, los coches, las casas, los barcos, o como los ríos que no tienen una orilla preferida sino que atraviesan por igual las dos. Y estaban los otros lugares: Lago di Como, Saint-Moritz, Provenza, Saint-Barth, ese mapa europeo discreto donde ciertas personas no viajan en realidad, solo cambian de escenario, porque el escenario es suyo, porque la luz parece haberlas esperado, porque el dinero de familia aprendió a no hacer ruido y, cuando aún lo hace, es corregido de inmediato.

Era italiana de una manera que no necesitaba pruebas ni banderas. Italiana en la disciplina de la belleza, en la inteligencia de la proporción, en la forma en que sabía que una mesa, una frase, una falda, una decisión y un silencio pueden estar bien o mal por unos pocos milímetros —y que la diferencia de esos milímetros es todo lo que separa lo suficiente de lo exacto— o por un gesto de las manos. Podía salir de un laboratorio, de una reunión de gestión, de una cena en el lago o de una habitación de hotel en Saint-Moritz sin parecer fuera de lugar en ninguno de esos mundos, porque su mundo era ella misma y ella misma cabía en todos los demás sin disminuirse.

Trabajaba con polímeros, lo que siempre me pareció una ironía casi perfecta. Polímeros: estructuras largas, enlaces repetidos, materia que se transforma sin perder su naturaleza esencial, resistencia, elasticidad, memoria molecular, la capacidad de recuperar la forma después de ser sometida a presión. Había en ella algo de eso. Cecilia comprendía la materia y comprendía el poder. Sabía pensar como académica y actuar como gestora. Tenía esa combinación rara y ligeramente perturbadora de rigor e intuición, de ciencia y estrategia, de curiosidad y mando. Y no era solo brillante, pues hay personas brillantes con las que a uno le gusta conversar pero de las que no quiere depender, hay inteligencias que iluminan la sala sin moverla; era brillante en lo operativo, lo que es una categoría distinta y mucho más peligrosa que interesante. Cecilia servía para decidir.

Y después estaba el Porsche. Aquel coche.

Un coche de hombres, dicen los hombres, siempre listos para declarar la propiedad simbólica de objetos que no inventaron solos y que, con frecuencia, ni siquiera saben conducir como es debido. Cecilia conducía un Porsche de la única manera que era suya, es decir, no para demostrarle nada a nadie, no por provocación, sino porque le gustaba la máquina, la respuesta, la precisión, quizá la insolencia veloz de aquellas carreteras italianas que bajan hacia el lago con una curvatura que parece hecha para ser atravesada de prisa por quien no le pide permiso al paisaje ni a los demás. Recuerdo haberla visto marcharse. La imagen sigue intacta: la mujer alta en el coche bajo, las manos firmes en el volante, el pelo doblando la curva antes que el resto de ella. El coche no la masculinizaba. Hacía aún más evidente que su feminidad nunca dependió de la fragilidad, ni la elegancia de la lentitud, ni la gracia de quien espera autorización para entrar.

Hay mujeres que entran en la memoria por una frase. Otras por un perfume. Otras por una ciudad que de pronto se niega a ser solo una ciudad y pasa a ser la prueba de que ciertos momentos existieron y no pueden deshacerse. Cecilia entró de otra manera, entró por una presencia que yo

sentía antes de verla, como quien siente el cambio de temperatura antes de darse cuenta de que han abierto una ventana. Por aquellos ojos que no pedían atención pero que, una vez encontrados, eran difíciles de perder sin alguna especie de pequeña pérdida interior. Por una voz que hablaba siempre un tono por debajo de lo necesario, como si supiera que los que valieran algo se acercaría para oírlos. Entró por una ecuación imposible entre inteligencia y cuerpo, entre distancia y pérdida, entre la mujer que existió y la mujer que fui construyendo a su alrededor como si construir fuera lo mismo que poseer, que es el engaño fundamental del escritor y, quizá, también del amante que fui y a veces las dos cosas son el mismo hombre cometiendo el mismo error desde ángulos distintos. No fue solo una mujer a la que amé. Fue también una mujer sobre la que escribí y escribir sobre una mujer, aprendí demasiado tarde, es una forma de perderla dos veces: primero en la vida, después en la tentativa vana de sujetarla en una página que siempre queda por debajo del original.

Chiara sabe algo de esto, aunque quizá desde un ángulo distinto. También ella entró en las historias, aunque los lectores nunca hayan comprendido la importancia real que tuvo. En las versiones publicadas, fue muchas veces una presencia lateral, elegante, una cómplice, una amiga, una amante, una rival, que aparecía cuando la narración necesitaba una puerta abierta hacia otro círculo. Pero la vida fue, como de costumbre, menos ordenada que los libros y Chiara fue más central de lo que parecía. Tal vez porque ciertas personas son exactamente eso, no el centro del cuadro, sino la mano que cambia la luz sobre el centro del cuadro y sin esa mano lo que queda es un lienzo bien pintado y frío.

Recuerdo a Cecilia en Milán, no el Milán de las postales y los turistas sino el otro, el de las puertas pesadas que guardan patios donde los árboles crecen protegidos de la calle como secretos que la ciudad guarda de sí misma, el de los apartamentos donde el lujo no se ofrece al paso sino que respira, el de los restaurantes donde la discreción cuesta más que la comida y todos saben que están pagando exactamente por eso y nadie se queja. El Milán de las mujeres que envejecen mejor que los hombres porque aprendieron pronto que el gesto inútil envejece más deprisa que cualquier rostro. La recuerdo también en el Lago di Como, donde el agua tiene ese color que ningún tintorero ha copiado todavía con fidelidad, un azul verdoso que el lago parece haber inventado para sí mismo en algún punto entre un invierno lombardo y la llegada de los primeros turistas del Norte y donde la belleza acumulada durante siglos acabó por convertirse en una especie de exigencia moral del paisaje. En Saint-Moritz, donde el frío aristocrático de las montañas concede a los ricos una excusa para usar tejidos excelentes

y donde el silencio de la nieve invita a una intimidad que nadie pidió pero que sucede, que siempre sucede cuando las personas están lo bastante lejos de la ciudad que las define. En Provenza, donde la luz tiene ese filtro suave y levemente indulgente de quien ha perdonado a lo largo de los siglos cosas más grandes que la confusión de los vivos. En Saint-Barth, donde el mar existe solo para recordar que el paraíso, cuando existe, rara vez nos pertenece y cuando nos pertenece es siempre por poco tiempo.

Pero no escribo esto para hacer un inventario de lugares. Los lugares, en este libro, son solo la forma exterior de un desplazamiento más íntimo y menos confesable. Milán no es solo Milán, es la ciudad donde imagino a Cecilia siendo enteramente ella misma y, por tanto, menos mía, si es que alguna vez fue mía, si es que esa posesión no fue desde el principio solo la ilusión que el deseo construye para sí mismo antes de que la realidad llegue a deshacerla. El Lago di Como no es un paisaje, es el escenario donde la belleza se vuelve una acusación silenciosa, porque ciertas vidas continúan espléndidas después de que hayamos salido de ellas y eso es difícil de aceptar con la gracia que la situación exigiría. Saint-Moritz no es nieve y hoteles, es la elegancia cruel de la distancia. Provenza no es lavanda y piedra y vino blanco, no, es la hipótesis de una paz que quizá nunca haya existido. Saint-Barth no es mar, es la prueba de que el paraíso, cuando existe, rara vez nos pertenece. Hay más lugares, otros así, con una función en la vida de quien escribe y de quien es escrita.

No sé si amamos a las mujeres que conocemos o las versiones de ellas que nuestra esperanza fabrica mientras dormimos. Probablemente amamos ambas cosas y por eso después sufrimos con tanta destreza y durante tanto tiempo. Cecilia fue, para mí, una mujer real y una construcción interior, pues tuvo voz, cuerpo, agenda, familia, trabajo, deseos y elecciones que no me pidieron autorización para existir en mis libros, pero tuvo también el lugar que le di en esos mismos libros, ese lugar donde yo podía acercarla o alejarla, salvarla o condenarla, hacer que me mirara en los momentos en que en la vida ya estaba mirando hacia otro lado, que es exactamente el tipo de omnipotencia barata que la escritura ofrece y que los escritores deberían tener la honestidad de confesar, en vez de presentarla como vocación.

Hay una obscenidad secreta en escribir sobre alguien a quien se amó. Decimos que es literatura, que es memoria, que es transfiguración y que es el viejo deber de transformar la experiencia en forma. Todo eso puede ser verdad y al mismo tiempo una gran mentira, pues también hay apropiación. Siempre. La mano que toma lo que fue de los dos y lo declara propiedad de uno solo, porque fue uno solo el que se quedó con la pluma.

Tal vez por eso este libro tenga que empezar con algo de humildad, aunque la humildad en los escritores sea casi siempre solo vanidad... y de la peor, porque intenta esconderse.

No vengo a corregir los libros anteriores, que, dicho sea, son una soberana mierda y fueron escritos antes de este prólogo, pero ya mucho después de los capítulos siguientes. No vengo a pedirle disculpas a Matteo, sería tarde y probablemente hipócrita, porque él era de verdad un auténtico hijo de puta. No vengo a devolverle a Cecilia una pureza que ella nunca pidió y que yo no tendría autoridad para conceder, pero que tampoco tuvo nunca. Vengo a hacer algo más difícil, que es mirar al personaje que creé y preguntar qué escondía de la mujer que existió. Porque tal vez la verdadera Cecilia no esté en la mujer que amé, ni en aquella con la que él se casó, ni en la que atraviesa Milán al volante de un Porsche, ni en la académica que habla de polímeros con la precisión de quien conoce los enlaces invisibles de la materia. Tal vez esté en el intervalo entre todas esas imágenes. En aquello que ninguna de ellas agota. En la zona donde una mujer escapa al hombre que la amó, al hombre que la perdió, al hombre que la escribió y, felizmente para ella, al hombre que ahora intenta comprenderla.

Este será, por tanto, un libro sobre Cecilia. Pero también sobre mis versiones de Cecilia. Sobre la mujer que existió, la que inventé, la que deseé, la que castigué en otros, la que salvé en las páginas, la que perdí en la vida, la que quizá nunca haya sido mía salvo por breves instantes e incluso esos, como todos los instantes que importan, deben de estar ya contaminados por la memoria que la literatura me enseñó a tener, que es una memoria más bonita y menos fiel que la de lo sucedido.

Aquí no hay inocencia. Hay memoria. Hay deseo. Hay vanidad. Hay duelo. Hay ciudades. Hay una mujer que no le pedía permiso a nadie. Hay un hombre muerto al que llamé Matteo para poder odiarlo e insultarlo y que murió sin que yo hubiera tenido la generosidad de detenerme. Hay una amiga llamada Chiara, más central de lo que parece y más silenciosa de lo que debería haber sido. Hay Milán, Vicenza, el Lago di Como, Saint-Moritz, Provenza, Saint-Barth y muchos otros lugares. Están los libros que escribí antes de este, todos ellos intentando decir sin decir, esconder mostrando, confesar disfrazando y pagando siempre el precio de no haber tenido el valor suficiente para hacer ninguna de las tres cosas con la honestidad que la situación exigía.

Y ahora está este libro, que empieza donde los otros se detuvieron.

Empecemos entonces por el Lago di Como, cuando nos conocimos.

1

La mujer que cambió la mesa

Alle Darsene di Loppia, Bellagio, Lago di Como, al caer la tarde

Chiara se levantó antes de que yo entendiera quién había entrado. Estábamos a la mitad de la segunda botella, una de esas botellas que se abren porque nadie quiere ser el primero en sugerir que la cena termine, y ella, que hasta entonces hablaba conmigo con la atención justa de quien conoce a un hombre desde hace tiempo suficiente como para no tener que esforzarse, giró la cabeza hacia la entrada y enderezó la espalda sin darse cuenta. Fue el gesto el que me avisó. Antes de oír un nombre, antes de ver un rostro, vi a Chiara cambiar de postura como si una corriente de aire hubiera atravesado la terraza y solo ella la hubiera sentido.

El Alle Darsene di Loppia queda en aquel rincón de Loppia adonde casi no llega el ruido de las lanchas a motor. Habíamos llegado para una conversación que no era exactamente una cena y no era exactamente trabajo, una de esas reuniones disfrazadas que yo hacía entonces con la naturalidad de quien ya no distingue lo que hace por interés de lo que hace por costumbre. Había una familia del Norte con un automóvil clásico, una colección, una fundación que necesitaba mejorar su imagen y un problema que nadie quería escribir en un email. Chiara conocía a todo el mundo y no trabajaba para nadie, lo que la hacía útil de una manera que a ella misma le hacía gracia desmentir. Yo había ido a escuchar. Escuchar es la mitad de mi oficio y la parte que nadie factura como es debido.

El camarero la vio antes que yo. Eso fue lo primero. Dejó la botella que estaba mostrándole a una mesa de al lado, le dijo algo en voz baja al compañero y sacó una silla de la mesa vecina sin que nadie se la pidiera, encajándola en nuestro ángulo con la precisión de quien ya había hecho aquello otras veces para la misma persona. No hubo ostentación. Solo hubo una reorganización discreta del espacio, como si la mesa en la que estábamos hubiera sido construida para tres y nosotros nos hubiéramos equivocado al sentarnos solo dos.

—Llegas tarde. Como siempre —dijo Chiara, en italiano, pero sonriendo de una manera que desmentía la queja.

—He llegado a la hora a la que dije que llegaría. Tú eres la que viene siempre temprano para luego quejarse.

Su voz venía de detrás de mí. Hablaba bajo, más bajo de lo que la terraza pedía y por eso me vi obligado a hacer lo que todo el mundo hacía ante aquella voz, que era inclinarme ligeramente hacia delante sin darme cuenta de que me estaba inclinando. Cuando me volví, Chiara ya la abrazaba y lo primero que vi no fue el rostro, fue la manera en que las dos se tocaron, una familiaridad de mano en la nuca y de cara contra cara que no se aprende en cenas, que viene de mucho antes, de una intimidad con historia. Me fijé en eso antes de fijarme en nada más. Me fijé y lo guardé, con ese instinto desagradable que tengo de archivar lo que aún no sé usar.

—Este es el portugués del que te hablé —dijo Chiara, y había una ironía en la palabra portugués, como si el país fuera una profesión—. Anda salvando empresas que no saben que se están hundiendo.

—No salvo nada —respondí—. Solo les explico a las personas lo que ya han decidido, pero de una manera que les permita creer que fue idea suya.

Cecilia me tendió la mano. Apretó la mía con firmeza, sin esa blandura de mujer que ha aprendido que debe dar la mano como quien presta un guante, y dijo su nombre de una forma que no pedía que yo lo repitiera para confirmarlo. Se sentó en la silla que el camarero había encajado. No agradeció la silla. No porque fuera maleducada, sino porque aquella silla no era un favor, era una consecuencia y ella vivía en un mundo donde las sillas aparecen.

Pidió agua con gas antes de que el camarero le preguntara qué quería y, cuando él volvió con la botella, miró la nuestra, leyó la etiqueta de lejos, de un vistazo, y dijo que con ese vino prefería esperar al plato. No fue un comentario sobre vinos. Fue un comentario sobre el orden de las cosas, sobre el hecho de que Chiara y yo hubiéramos empezado a beber sin método y ella hubiera entrado para restablecer una cadencia que ninguno de los dos tenía. Me sentí, durante un segundo, pillado haciendo algo mal y lo peor es que ella ni siquiera había intentado que yo me sintiera así. La reprobación, cuando existió, fue mía, fabricada por mí, contra mí.

La conversación empezó ligera, como empiezan las conversaciones que van a volverse pesadas. Chiara sacó historias de gente que ambas conocían, nombres que yo no conocía dichos con esa prisa de quien cuenta un episodio solo para llegar a la frase final. Cecilia reía poco y bien. Tenía una manera de reír que no llenaba la terraza, que se quedaba entre las tres personas de la mesa. No era una mujer que necesitara que todos la oyeran. Eran los que valían la pena quienes se acercaban para oírla y los demás no importaban para nada.

Fue Chiara, claro, quien dejó caer el asunto que me interesaba sin saber que me interesaba o sabiéndolo perfectamente, pues con ella nunca se sabía.

—Cecilia trabaja con esas cosas de los materiales. Patentes, fábricas, esas cosas que nadie entiende y que valen millones.

—No valen millones —corrigió Cecilia—. Cuestan millones. Es diferente. Quien todavía no ha entendido la diferencia es quien pierde dinero.

—¿Y qué cosas son esas? —pregunté, e hice la pregunta de la manera en que siempre hago las preguntas cuya respuesta me interesa, con un desinterés calculado, como quien pregunta la hora.

Me miró antes de responder. Fue una mirada breve, pero suficiente para que yo entendiera que la pregunta había sido leída como pregunta y no como conversación de mesa. No respondió enseguida. Bebió un poco de agua, dejó el vaso de manera que la base quedara en el centro de la servilleta, y solo entonces habló.

—Polímeros. Propiedad industrial. Sobre todo la parte poco glamurosa: coger una cosa que funciona en el laboratorio y hacer que funcione en una fábrica. Sin estropearla. Y sin volverla tan cara que nadie la compre. Casi nadie hace bien esa travesía. Hay universidades llenas de inventos brillantes que nunca salieron de la placa de vidrio porque nadie pensó en lo que pasaba cuando se multiplicaba por mil.

—Y sabes hacer esa travesía.

—Sé dónde suele ahogarse uno —dijo ella—. No es lo mismo, pero basta para cobrar.

Chiara se rió de aquello con la soltura de quien ya había oído la frase, o variaciones de ella, y me miró con una satisfacción ligeramente perversa, como quien presenta a dos animales que sabe que van a entenderse o a destruirse y que se divierte por igual con cualquiera de los resultados. Hizo el pedido por los tres, todavía en italiano, con la desenvoltura de quien ya había cenado allí tantas veces que podía prescindir de la carta, y durante ese intervalo yo hice lo que se hace cuando se quiere ganar tiempo, que es mirar el lago y fingir que el lago me interesaba más que la mujer que había llegado tarde.

El agua, a esa hora, se estaba oscureciendo hasta un azul difícil de nombrar. Las luces de la orilla opuesta empezaban a encenderse una a una, sin coordinación, como si cada casa decidiera por sí misma cuándo había terminado la tarde. Una barca de madera pasó despacio, dejó una estela, la estela se deshizo y cuando volví a mirar la mesa Cecilia me estaba mirando y entendí que me había estado observando mirar el lago y que había sacado de allí alguna conclusión que yo no iba a tener el placer de conocer.

—Dijiste que les explicas a las personas lo que ya han decidido —empezó ella—. Eso es palabrería de consultor pagado por horas. Los otros, los que ganan de verdad, hacen otra cosa.

—¿Y qué hacen los otros?

—Cambian la decisión antes de que parezca decisión. Trabajan antes, aguas arriba. Cuando el cliente cree que está eligiendo, muchas veces ya solo está confirmando.

No respondí de inmediato. Hay preguntas que se responden mal por prisa y aquella ni siquiera era una pregunta, era un diagnóstico, y era un diagnóstico exacto, del tipo que prefiero hacerles a otros antes que recibirlo. Chiara hacía girar el vino en la copa con el aire de quien había desaparecido de la conversación a propósito, satisfecha, y yo entendí que la posición en la que me habían colocado era la de explicar una profesión que prefiero no explicar delante de alguien que claramente ya la había desmontado antes del plato principal.

—Digamos que trabajo con reputación —dije, por fin—. Empresas, fondos, a veces familias. Lo que la gente piensa de una cosa puede valer tanto como la cosa. A veces más. Yo intento que piensen lo correcto en el momento correcto. Cuando no hay momento, fabrico uno.

—Influencia.

—Influencia es la palabra que usan los periódicos cuando descubren esto y quieren que parezca delito. Yo prefiero llamarlo trabajo.

—¿Y es delito?

—Casi nunca —respondí, y ella sonrió por primera vez de una manera que no era educada, que era divertida, y la sonrisa le cambió algo en el rostro que no voy a describir ahora porque entonces tampoco supe describirlo, solo supe que había visto algo que iba a querer ver otra vez.

Llegó la comida. Hubo ese intervalo de platos colocados, pimienta ofrecida y rechazada, pan partido, en que las conversaciones pierden el aliento y recomienzan más lentas. Cecilia comía como quien no fingía no tener hambre, cosa que me agradó de una manera que no supe justificar. Comía despacio pero en serio. Y entre bocados volvió al asunto y fue ese regreso al asunto lo que selló la noche, porque yo tenía un problema verdadero y ella entendió antes de que yo lo confesara que yo tenía un problema verdadero.

—Esos materiales de los que hablabas —dije yo, lanzando el anzuelo como si fuera curiosidad—. El grafeno, por ejemplo. Se habla de eso desde hace años. Conferencias, premios, promesas. Y después casi nada llega al mercado.

Fue un pequeño error, pero fue un error, porque al decir grafeno entré en un terreno que era suyo y fingí que solo estaba dando un paseo. Dejé el tenedor. No bruscamente. Lo dejó como si la conversación hubiera pasado de una sala a otra y ella necesitara las dos manos para la nueva sala.

—El grafeno no es una promesa —dijo—. Es una expectativa mal vendida. Hay aplicaciones que funcionan hoy, ahora, en fábricas que nadie visita. El problema nunca fue solo el grafeno. Fue haberlo vendido como milagro antes de saber dispersarlo en una resina sin hacer grumos. Quien promete milagros acaba casi siempre con grumos.

—Dispersarlo.

—Distribuirlo de manera uniforme dentro del material. Si no consigues hacer eso a escala industrial, te quedas con partículas todas apilonadas en un rincón y el resto queda igual que estaba. Pagaste caro por nada. Y después viene el secado, el coste del polvo, la compatibilización. Son diez problemas pequeños. Nadie quiere perder tiempo con problemas pequeños, porque eso no da entrevistas.

Chiara me miró por encima del vaso y en esa mirada había una pregunta que no necesitó ser dicha. Sabía, o sospechaba, que yo andaba precisamente metido en aquello. Me había oído quejarme, días antes, de un cliente impaciente, de un fondo que había puesto dinero en una tecnología y quería saber si había puesto dinero en una cosa real o en una presentación bonita, y de que mi equipo no me daba una respuesta clara porque los ingenieros hablan en hipótesis y los fondos quieren certezas. Y allí estaba aquella mujer, que había llegado tarde a una cena a la que no estaba invitada, describiéndome la enfermedad de mi propio cliente sin haber oído nunca su nombre.

No le conté nada. Hay un punto en mi profesión en que se aprende a no contar aunque la otra persona parezca estar contando por nosotros y aquel era uno de esos puntos. Pero debí de hacer algo con la cara, o no hacer algo que debía, porque ella dejó de hablar del grafeno y me miró con una curiosidad nueva.

—¿Preguntabas por interés o por trabajo? —dijo.

—No hay diferencia, con el tiempo. Es la enfermedad de la profesión.

—Es la enfermedad de mucha gente que conozco —respondió, y había allí, en aquella frase corta, todo un mundo de personas que ella conocía y yo no, un mundo de cenas donde el interés y el trabajo habían dejado de distinguirse hacía tantas generaciones que ya nadie se acordaba de que hubiera sido de otra manera.

Fue ahí cuando percibí la distancia. No la distancia del dinero, que yo tenía a mi manera, ganado a costa de una vida que no cuento a todo el

mundo y que me bastaba para estar en aquella mesa sin hacer cuentas. La otra distancia. Chiara conocía a Cecilia, Cecilia conocía el restaurante, el restaurante conocía a Cecilia y todo aquello tenía una gramática que yo hablaba con acento. Yo sabía pedir el vino correcto. Sabía el nombre de las familias. Había estado casado, durante más de diez años, con una mujer de una casa de Oporto donde el dinero era tan antiguo que se avergonzaba de sí mismo y por eso conocía mejor que muchos el arte de no levantar la voz, de no mostrar, de dejar que la pertenencia hablara por nosotros sin necesitar pruebas. Conocía ese código. Pero era un código portugués y allí, en aquella terraza, se hablaba otro, más veloz, más visual, más europeo. Conocer una aristocracia no daba entrada en todas. Cada una tenía su dialecto y yo estaba, en aquel momento, siendo recibido educadamente en una sala donde nunca había nacido.

No dije nada de eso, evidentemente. Dije otra cosa, más ligera, algo sobre Portugal e Italia y el dinero que habla bajo y el que habla alto, y Cecilia me escuchó con atención y me respondió con una observación sobre la diferencia entre las familias que protegen lo que tienen y las que todavía tienen que demostrar que lo merecen, y yo no supe si aquello iba por los otros o por mí y sospecho que ella misma dejó la frase sin resolver a propósito, porque ya había entendido que conmigo la mejor manera de mantenerme en la mesa era dejarme con una frase sin resolver.

Chiara, en un momento dado, fue al baño, o dijo que iba, y tardó el tiempo exacto de una mujer que sabe que dos personas necesitan cinco minutos para descubrir qué van a hacer con la noche. Nos quedamos los dos. El camarero llenó las copas sin preguntar. Las luces de la orilla ya estaban todas encendidas. Cecilia miró al lago, ahora ella, y fue mi turno de observarla mirar y comprendí que estábamos haciendo turnos, que cada uno esperaba a que el otro se distrajera para leerlo y que ninguno de los dos se distraía de verdad.

—Chiara no va a volver ahora mismo —dijo ella, sin volverse.

—No.

—Siempre hace esto. Cree que es discreta.

—¿Y no lo es?

—Es la cosa menos discreta que conozco. Pero tiene buenas intenciones. Y eso es casi peor. Las buenas intenciones de Chiara siempre dan trabajo a quien está cerca.

Se rió, de aquella manera que se quedaba en la mesa, y yo también me reí y durante un instante hubo entre nosotros esa cosa que no tiene nombre y que todo el mundo reconoce, la sensación de que la conversación había pasado a ser sobre nosotros sin haber sido nunca sobre nosotros, de que

hablar de grafeno y de patentes y de Chiara había sido el camino más largo y más inteligente para llegar exactamente allí, al silencio que siguió y que ninguno de los dos tuvo prisa por estropear.

—Tengo que volver a Bérgamo mañana —dijo ella, por fin, como quien cierra una puerta para abrir otra—. Tengo el coche aquí cerca. Chiara se queda en Como esta noche, en casa de unos amigos. Y yo ya no tengo ganas de seguir cenando. Ya he cenado.

—¿Y qué tienes ganas de hacer?

Me miró. Fue una mirada larga, ahora, sin turno, sin disfraz, una mirada que duró el tiempo de una decisión que se estaba tomando y comprendí que la decisión se estaba tomando allí, en aquel instante, no había sido tomada antes ni iba a ser explicada después.

—¿Estás en el Tremezzo? —preguntó.

—Sí.

—Es un sitio decente para terminar una noche que no estaba destinada a continuar —dijo ella, y cogió la copa que había rechazado al principio, la del vino que había hecho esperar hasta el plato, y bebió, por fin, como quien da una noche por aprobada.

Chiara volvió en ese momento, con el tempo de una mujer que había oído la frase importante a través de una pared que no existía, y aplaudió bajito, burlona, y dijo que los dos estábamos insoportables y que no entendía cómo había conseguido aguantar la cena entera con toda aquella tensión delante de las vieiras. El camarero trajo la cuenta sin que nadie la pidiera. Pagué yo, sin aspavientos, y Cecilia me dejó pagar sin comentar y se levantó y cuando se levantó la mesa volvió a quedar del tamaño al que se había acostumbrado antes de que ella llegara, más pequeña, más común. Durante dos horas aquella mujer había sido el centro de gravedad de toda la terraza sin haber hecho nada para serlo y yo, que vivo de mover centros de gravedad ajenos, había estado todo aquel tiempo siendo movido sin darme cuenta.

Fuera, en la oscuridad del camino que baja hacia el agua, ella le dijo a Chiara algo en italiano demasiado rápido para que yo lo captara y Chiara respondió con una carcajada que se quedó flotando sobre el lago y después oí, antes de verlo, un motor despertando, bajo y seguro, sin prisa por demostrar nada, y entendí lo del barco: la noche, quisiera yo o no, había decidido continuar.

2

La otra orilla

Travesía del lago, Lago di Como, noche y mañana siguiente

El barco del hotel ya esperaba en el embarcadero de Loppia cuando bajamos y fue la primera vez en aquella noche que Cecilia no tuvo nada que decidir, porque la logística estaba decidida antes de que nosotros decidiéramos nada, como suele estarlo todo lo que es lo bastante caro para no hacerse notar. No hubo llamada telefónica delante de mí, no hubo gestión, no hubo ese momento incómodo en que alguien pregunta cómo se cruza el lago a estas horas. Hubo un hombre de pie en la proa, con una chaqueta oscura abotonada hasta arriba por el frío que sube del agua, sujetando una cuerda, y estaba la madera brillando bajo la única luz del embarcadero, barniz oscuro y cromados que alguien había limpiado aquella tarde para que nadie reparara en que estaban limpios.

Su coche se quedó atrás. Lo había aparcado en uno de esos rincones de Loppia donde los locales saben que se puede dejar un coche sin que nadie lo moleste y cuando pasamos junto a él Cecilia apoyó la mano en el techo, un toque rápido, casi distraído, como quien confirma que una cosa se queda donde la dejó y no necesita más explicaciones. No cruzamos con el coche porque no se cruza el lago en coche y por un instante ridículo pensé que quizá ella quisiera dar toda la vuelta por carretera y ella percibió el pensamiento antes de que yo lo formulara, porque dijo, sin mirarme, que el coche dormía en Bellagio y que mañana se vería, y en esa frase corta había una seguridad sobre el mañana que yo aún no tenía autorización para compartir.

Chiara vino con nosotros hasta el agua pero no subió. Esa fue la parte que tardé en entender y que solo entendí mucho más tarde, cuando ya no servía de nada entender. Nos llevó al embarcadero como quien lleva a dos personas a una puerta, le dio un beso a Cecilia, largo, con la mano en la nuca otra vez, y le dijo al oído algo que la hizo reír por lo bajo y después se volvió hacia mí y dijo, en italiano, que tratara bien a su amiga o tendría que dar explicaciones ante un lago entero de gente que me conocía menos de lo que yo pensaba. Se reía al decirlo. Pero era Chiara quien se quedaba en la orilla y éramos nosotros quienes partíamos y fue ella quien dio el pequeño empujón a la decisión, ella quien llenó la noche de razones para

continuar y después se apartó para dejar que ocurriera sin ella, con la satisfacción de quien había abierto una puerta y fingía no haberla abierto. El motor arrancó bajo. Chiara se quedó en el embarcadero saludando de un modo burlón, con la mano en alto, y la luz amarilla fue haciéndose más pequeña y su carcajada atravesó el agua detrás de nosotros mucho después de que ya no la viéramos.

Cruzar el Lago di Como de noche en un barco de madera no tiene nada de poético mientras ocurre. Hace frío, el vapor del lago se mete por el cuello, el motor habla bajo pero constante y el agua que golpea el casco golpea con una regularidad de una cosa viva que respira al lado de quien va sentado. Cecilia se había envuelto en una manta que el piloto le tendió sin preguntar, de esas que los buenos hoteles guardan para mujeres que deciden cruzar lagos vestidas, y se quedó mirando la orilla de la que veníamos, no hacia donde íbamos, lo que entonces me pareció una distracción y era, lo entendí después, exactamente lo contrario de una distracción. Miraba hacia atrás como quien comprueba lo que ha dejado. Bellagio retrocedía despacio, con sus luces desordenadas, cada casa decidiendo por sí misma cuándo había empezado la noche, y al otro lado la montaña se acercaba como una masa más oscura que el cielo.

No hablamos casi nada durante la travesía. Yo, que vivo de hacer hablar a la gente, me quedé callado haciendo cuentas que no tenían números, entendiendo que aquella agua no era solo agua, que entre la orilla que ella vigilaba y la orilla hacia la que íbamos había una distancia que no se medía en metros. Ella pertenecía a todo aquello de una manera en que yo no pertenecía. Conocía al hombre del barco, o a un hombre como aquel, conocía el frío, conocía la manta, conocía la hora a la que se puede llegar a un hotel sin que a nadie le parezca extraño. Yo había pagado cenas como aquella, había dormido en hoteles como aquel, había estado casado durante más de diez años con una mujer de una casa de Oporto donde las travesías se hacían en otra lengua y con la misma naturalidad. Y aun así, allí, con el viento deshaciéndome el poco peinado que todavía tenía, yo era el pasajero y era ella quien iba a casa, aunque la casa no fuera suya.

El Grand Hotel Tremezzo apareció desde abajo, primero el reflejo de las luces en el agua y solo después el edificio, rosado y alto contra la montaña, con aquella fachada que de noche parece menor que de día porque la oscuridad le come los pisos de arriba. Atracamos en la marina sin aspavientos. Otro hombre sujetó la cuerda, le dio la mano a Cecilia para que subiera, me la dio a mí también sin hacer distinciones y a partir de ahí fue una sucesión de personas que sabían qué hacer sin que nadie se lo dijera, un portero que dio las buenas noches llamándola por su nombre y no por

el mío, un pasillo de piedra con flores en un jarrón demasiado alto, una alfombra que se comía el sonido de los pasos, un ascensor antiguo con espejo donde los dos nos miramos al mismo tiempo y los dos fingimos que no.

La suite daba al lago, claro, porque todo allí daba al lago, y lo primero que hizo ella fue abrir la puerta de la terraza a pesar del frío, como quien necesita confirmar que la vista seguía del mismo lado. Desde la terraza se veía Bellagio, la orilla de la que habíamos venido, ahora pequeña y dorada al otro lado del agua oscura, y tuve la sensación desagradable y nítida de que estábamos mirando el sitio donde Chiara todavía debía de estar, ya sin ningún barco al que saludar. Cecilia se quedó allí un rato, apoyada en la balaustrada, con los brazos cruzados por el frío, y yo no fui hacia ella enseguida, porque con ella llegué a pensar que, si me acercaba demasiado deprisa, quizá nunca llegaría.

Pedí al servicio de habitaciones lo que se pide a esa hora, agua, algo caliente, y la chica que trajo la bandeja trajo también, sin que yo lo hubiera pedido, un neceser de baño con cepillos de dientes de bambú envueltos en papel, tres, no dos, porque los hoteles de aquel tamaño siempre cuentan de más para no obligar a nadie a pedir lo que le da vergüenza querer. Puse el estuche en el lavabo sin pensar. Fue Cecilia, más tarde, al pasar por el baño, quien reparó en los tres cepillos y cogió uno, lo desenvolvió y dijo, con aquella media sonrisa que se quedaba entre las personas y no llenaba el espacio:

—Tres. A Chiara le gustaría. Ella dice que la vida de una mujer se mide por los cepillos que le sobran en hoteles donde no debería estar.

Lo dijo con ternura y lo dijo para hacerme daño, aunque quizá ni siquiera supiera que me hacía daño, y el nombre de Chiara entró en el cuarto de baño y se quedó. Fue la primera vez que sentí, con una claridad estúpida, los celos equivocados, los de quien comprende que llegó tarde a una intimidad que ya existía antes de él y que seguiría existiendo sin él. No eran celos de un hombre. Era peor, porque con un hombre yo sabía jugar. Eran celos de algo entre las dos que tenía una lengua propia, cuentas propias, cepillos de dientes propios y a lo que yo no había sido presentado y nunca lo sería, porque esas cosas no se presentan, se heredan o uno se queda fuera.

Dejé su cepillo en el vaso y el mío en el otro, y el tercero se quedó envuelto, y el tercer cepillo envuelto fue durante el resto de la noche la cosa más presente del cuarto de baño, Chiara encerrada en un papel esperando a una mujer que estaba en Como, durmiendo en casa de unos amigos, y que aun así había conseguido estar allí con nosotros.

Cuando volví al cuarto, Cecilia se había sentado en el borde de la cama, descalza, con el vestido todavía puesto, mirándome de una manera que no era invitación ni rechazo. Era examen. Y fue allí cuando entendí que llevaba toda la noche siendo leído. Había estado observándola mirar el lago, observándola comer, observándola desmontar mi profesión entre bocado y bocado, convencido, con la vanidad que es mi enfermedad más antigua, de que era yo quien la estaba estudiando. Y no. Era ella. Me había dejado pensar que yo conducía la conversación por la misma razón por la que había dejado que el camarero le acomodara la silla sin darle las gracias, porque los demás la servían sin que ella lo pidiera y yo la había servido toda la noche ofreciéndole información sobre mí a cambio de nada. Cuando levanté los ojos hacia los suyos y comprendí esto, comprendí también, en la misma fracción de segundo, que eran verdes, de un verde que con aquella luz tenía algo de agua estancada, y que aquel verde no estaba allí para ser bonito, estaba allí para leer y me había leído entero, desde la primera botella hasta el barco, y le había gustado lo suficiente lo que leyó para no haberse marchado, pero no tanto como para dejarme olvidar que había sido leído.

—¿Tienes miedo? —dijo ella.

—No.

—Sí. Ves a una mujer y enseguida quieres saber qué va a decidir. Antes de que lo sepa ella misma, si puedes. Es tu oficio, ¿no? Trabajar aguas arriba. Ahora estás aquí, sin saber qué voy a hacer. Y eso te asusta más de lo que debería.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé —dijo ella, y fue lo primero que dijo en toda la noche que pareció enteramente verdadero—. Quizá sea esa la diferencia. Tú fabricas el momento adecuado. Yo espero a que aparezca.

Entonces me acerqué, porque ya no había nada más inteligente que decir y la inteligencia había sido, durante horas, lo único que nos había mantenido separados. Le bajé la cremallera del vestido sin prisa y ella me dejó, y el vestido cayó hacia delante sobre sus rodillas sin que ninguno de los dos lo sujetara, y se quedó allí, y ella no lo dobló. Otras mujeres doblaban la ropa que se quitaban, incluso a oscuras, incluso temblando, por un reflejo de orden que viene de lejos. Cecilia dejó el vestido donde cayó. Su piel tenía todavía pegado el frío de la terraza, fría en la superficie y caliente por debajo, y cuando la acosté y me acosté sobre ella hubo un momento en que se detuvo, con las dos manos en mi pecho, no empujando, midiendo, sintiendo el latido como quien confirma algo, y me miró con aquellos ojos que leían, y yo comprendí que todavía me estaba leyendo

mientras la desvestía, que el examen no había terminado y quizá nunca terminara.

Fue despacio al principio y luego de cualquier manera, con la prisa de dos personas que habían pasado una cena entera siendo civilizadas y estaban hartas de serlo. Ella no fingió nada. No hizo los ruidos que se aprende a hacer para dejar tranquilo a un hombre, no dijo lo que se dice, permaneció callada la mayor parte del tiempo, con la respiración cambiando de ritmo de una forma imposible de imitar y por eso imposible de poner en duda, y la única vez que habló fue para decirme al oído que más despacio, y su “más despacio” no era pudor, era exigencia, era la misma mujer que había leído la etiqueta del vino desde lejos y había ordenado esperar al plato, ahora ordenando a la noche tener la cadencia correcta porque la cadencia equivocada lo estropeaba todo. La obedecí. Obedecerla fue, en aquella cama, lo más parecido al placer que había conocido en mucho tiempo y eso me asustó más que el resto.

Cuando acabamos, se quedó boca arriba mirando el techo, con una mano apoyada en el vientre y la otra caída hacia mi lado sin tocarme, y fue en aquel silencio, que ninguno de los dos tuvo prisa por estropear, cuando volvieron los celos. Porque Cecilia había aprendido aquella calma con alguien y su calma después del sexo era una calma con historia, sin la vergüenza de quienes todavía están aprendiendo su propio cuerpo, y yo me quedé pensando, acostado a su lado, en el cepillo de dientes envuelto en el cuarto de baño y en la frase que Chiara le había dicho al oído en el pantalán y en la manera en que las dos se habían tocado en la nuca y comprendí que estaba siendo injusto y que la injusticia no se me pasaba con la claridad con que me llegaba. No había sido yo quien había conquistado a aquella mujer. Había sido Chiara quien había abierto la puerta, quien había fijado la cena, quien se había ido al baño durante cinco minutos, quien me había dejado en el pantalán, y yo había entrado por una puerta que otra persona mantenía abierta y había tenido la vanidad de pensar que la había derribado. Cecilia lo entendió, claro. Lo entendía todo.

—Estás pensando en Chiara —dijo, sin volverse.

—Estoy pensando que llegué tarde a algo.

—Llegaste —dijo ella, simplemente, y no añadió nada, y fue la crueldad más elegante que habían tenido conmigo en años, porque podría haber mentido, podría haber dicho que no, que yo imaginaba cosas, y en vez de eso me confirmó que había un antes en el que yo no cabía y me dejó con eso en la mano sin explicarme qué era—. No voy a dibujarte un mapa. Vas a querer uno, lo sé. Eres de esos. Pero no hay mapa. Chiara es Chiara. Tú eres tú. No es lo mismo. Ni tiene que serlo.

Se durmió antes que yo, lo que también me molestó, porque soy yo quien suele dormirse primero en las camas de las mujeres, por hábito de defensa, y allí fui yo quien se quedó despierto escuchando su respiración y el lago fuera y, de vez en cuando, un barco lejano atravesando la noche con la misma terquedad con que nosotros la habíamos atravesado.

Por la mañana pedimos el desayuno en la terraza, pese al frío que de día ya era menos frío, y lo sirvieron con esa discreción entrenada de quien entra en una habitación donde dos desconocidos han dormido y no hace ninguna pregunta ni pone ninguna cara, y eso, comprendí, era el verdadero lujo de aquel sitio, no la vista ni la alfombra ni los cromados del barco, sino el derecho de dos adultos a fingir, durante una mañana, que la vida de fuera iba a esperar. Ella pidió té de menta. Yo me quedé con el café. Había agua, había pan toscano que no pegaba con nada y era lo mejor de la mesa, había fruta cortada de verdad y estaba la ligera resaca que viene menos del vino que del exceso de haber sentido, y el lago, a la luz de la mañana, tenía el color que nadie ha copiado todavía, un azul que tiraba a verde y que no pedía perdón por ser bonito a una hora en que nadie merecía tanto.

Cecilia probó mi café sin pedir permiso, se inclinó sobre la mesa, sujetó mi taza por la base con dos dedos y bebió un sorbo y me la devolvió y dijo que el café estaba mejor que la conversación que íbamos a tener, y yo comprendí que íbamos a tener la conversación y que ella había decidido tenerla a esa hora a propósito, porque a esa hora yo estaba sin ninguna armadura y ella lo sabía.

—Aquel cliente tuyo —dijo, mordiéndolo el pan—. El del grafeno que no sale del sitio. No es tuyo, ¿verdad? Es de un fondo. Y al fondo no le importa, de verdad, si la tecnología funciona. Quiere saber si aún puede venderla antes de que alguien lo descubra. ¿Estoy cerca?

—Te lo estás inventando.

—Te estoy leyendo, que es distinto. Ayer me preguntaste por el grafeno con voz de quien pregunta la hora. Solo que, cuando alguien quiere saber de verdad la hora, mira el reloj. Tú me miraste a mí. Tenías un problema. Y no era tuyo, al menos no solo tuyo.

No respondí enseguida, y no responder fue la respuesta, y ella la aceptó como respuesta sin presumir de haber acertado, que era lo más peligroso que hacía, acertar y no cobrar.

—Puedo ayudarte —dijo después—. No por ti. Por el problema. Es bueno. Hay un problema bueno dentro del problema malo de tu cliente y eso es raro. Me irrita ver cosas así morir por mala gestión. Pero tienes que dejarme hacer preguntas de verdad. Y, para eso, vas a tener que decirme

más de lo que dijiste ayer. Tú no le dices nada a nadie, se nota. Pasaste la noche callado sobre lo único que te interesaba.

—¿Y tú qué ganas?

—No empieces a hacer cuentas conmigo —dijo ella, y fue la primera vez que la vi casi irritada y la irritación le sentaba mejor que la sonrisa—. Tú haces cuentas con todo. Es tu manera de no asustarte. Yo no necesito ganar nada en esta mesa. Ya tengo todo lo que esta mesa puede dar. Lo que no tengo todos los días es un problema interesante delante. Ayer apareció uno. Y apareciste tú agarrado a él. Es solo eso. No conviertas esto en una transacción antes de que sea algo.

Aquello, dicho por la mañana, con el té de menta enfriándosele en la mano y el lago detrás de ella, hizo algo que el sexo de la noche anterior no había hecho. El sexo me había dado su cuerpo y los celos de Chiara. Aquella mañana me dio otra cosa, más difícil de devolver, que fue la complicidad de dos cabezas que se reconocen. La noche nos había convertido en amantes y ser amante de una mujer así era barato, cualquier hombre con suerte y una habitación con vistas podía serlo una noche. Pero la mañana nos convirtió en cómplices de un problema y la complicidad era cara, y yo comprendí, mirándola deshacer el pan con los dedos mientras pensaba en dispersiones y secados y costes por kilo, que había empezado la noche queriendo llevármela a la cama y que iba a terminar la mañana con miedo de meterla en mi vida, porque la cama tenía fin y el problema no.

—Tengo que devolver el coche en Malpensa mañana —dije, por decir algo que me devolviera el control, y fue la frase más tonta de la mañana, y ella sonrió como si hubiera sabido que iba a ser tonta antes de que yo la dijera.

—Lo sé. Voy a buscar el mío a Bellagio. El barco me lleva. Después te recojo en Malpensa, cuando entregues el coche. Vamos a Bérgamo. Tengo allí unas cosas que atender y tú tienes toda una carretera para contarme lo que no me contaste ayer. —Dejó la taza—. Y no es un favor. No me lo agradezcas como si lo fuera. Es el camino más corto entre tu cabeza y la mía. Por casualidad pasa por Bérgamo.

Se puso de pie, con la manta del hotel todavía sobre los hombros encima del albornoz, y fue hasta la balaustrada a mirar la orilla de la que habíamos venido, y Bellagio, a la luz de la mañana, ya no tenía el dorado de la noche, era solo una población de tejados claros al otro lado de un agua demasiado bonita para aquella hora. Abajo, en la marina, un hombre destapaba un barco de madera y le pasaba un paño, con el cuidado de quien limpia algo cuya limpieza nadie va a notar, y yo me quedé mirando su espalda y la orilla opuesta y comprendí que la noche había decidido de